INSPECTORIA
SALESIANA
"SAN LUCAS"
VENEZUELA

Caracas, 24 de agosto de 1988

Queridos Hermanos:

A consecuencia de una larga y dolorosísima enfermedad, rodeado cariñosamente por los salesianos de su Comunidad, el día miércoles 17 de agosto, aproximadamente a las tres de la tarde, hacía su entrada en la eternidad de Dios, el "Siervo bueno y fiel"

ANTONIO SIDDI FARCI

a la edad de 78 años, sesenta y uno de los cuales había vivido como salesiano y cincuenta y cuatro como sacerdote.

El P. Antonio Siddi, quinto entre seis hermanos, había nacido en Gergei, Provincia de Nuoro y Diócesis de Cagliari, Cerdeña, el 12 de marzo de 1910.

Sus padres, Juan Siddi y Josefina Farci, honrados campesinos, lo educaron a una con sus hermanos, en esa fe recia, propia de las familias con larga tradición cristiana, fe que el niño Antonio fue asimilando de manera natural y personal, hasta hacer de la misma la fuente de sus sólidas convicciones que lo sostendrán a lo largo de toda su, no fácil, existencia.

En contacto con la naturaleza que aprendió a amar profundamente, en ese ambiente sereno de su pueblo natal, inició, el pequeño Antonio, sus estudios de primaria, orientado, como él mismo gratamente recordaba, por una maravillosa educadora, la maestra Assunta Giua, quien en sus alumnos propiciaba además de la cultura, la acción de la gracia al cultivar en ellos la vocación sacerdotal, vocación que el buen Dios despierta en corazones bien dispuestos y generosos.

En su orientación vocacional le habrá ciertamente ayudado también su pertenencia a la Acción Católica, apostólicamente empeñada en la animación de las diversas actividades y grupos existentes en la Parroquia, que por aquel entonces era regentada por un excelente pastor, el Párroco Pedro Sanna.

De esta manera la acción silenciosa de Dios favorecida por el ambiente familiar, escolar y parroquial lo había venido preparando, a pesar de su corta edad, a dar el paso inicial que lo encaminaría, depués, de manera definitiva hacia la vida salesiana y sacerdotal.

Así, en el mes de septiembre del año 1923 tuvo su primer contacto con la acción y con el espíritu de don Bosco entrando como aspirante al Sacerdocio en el Seminario Salesiano de Genzano de Roma. Allí, en el contacto personal con salesianos que ha-

bían conocido y convivido con don Bosco, entre ellos su inolvidable director don Eugenio Ceria, uno de los dos biógrafos de nuestro padre, ha ido forjando y abriendo su corazón a todo lo que era juvenil, como instrumento y medio para llegar después, de manera adecuada, a los destinatarios de nuestra misión. Antonio ha sido en todo momento un buen estudiante, un ameno conversador, un convencido creyente. Ha cultivado asiduamente la práctica sacramental, la dirección espiritual, la devoción a María Auxiliadora, y todo con sana sencillez y con sentido de responsabilidad. En todo momento y para cualquier dificultad acudía a la oración y, en particular, al consejo de sus propios formadores; éstos lo estimulaban de veras y veían en él a un joven de voluntad y capaz de una entrega decidida en la Congregación.

Siendo un joven de 16 años, en septiembre de 1926, inició en Genzano mismo su noviciado, que unos tres meses después continuará en Villa Moglia-Chieri, puesto que en su corazón inquieto se había despertado, mientras tanto, la vocación misionera: Villa Moglia, cercana a Turín, cuna de la obra salesiana, tenía como fin preparar a jóvenes salesianos para las misiones. Allí, afianzado en su vocación y crecido en su formación hizo sus primeros votos trienales, el 18 de septiembre de 1927.

A finales de octubre de ese mismo año, con el corazón sacudido por el dolor de la separación de los suyos y de su patria, pletórico, sin embargo, de esperanza, emprendió, por mar, el viaje hacia Venezuela de la que el joven salesiano, sin añoranzas inútiles, hará su segunda patria, desde el 9 de noviembre de ese 1927 hasta el cierre de su existencia mortal.

De inmediato, con el fin de seguir un bienio de estudios filosóficos fue enviado a la casa de formación de La Vega-Caracas;

ahí en el contacto directo con sus formadores, con sus compañeros y con la gente de nuestro pueblo perfeccionó su formación y aprendió, a hacer suya, una nueva idiosincrasia, con la que se identificaría para siempre. Desde entonces comenzó a cultivar intensamente la pasión por el teatro y por el deporte, medios por los cuales se acercará más y más a esa juventud, a la que servirá generosamente, desde sus tres años de tirocinio práctico vividos en Caracas y en Valencia, hasta que sus fuerzas físicas y psíquicas se lo permitirán.

Por su intenso amor a Don Bosco y a la Congregación, el año siguiente de haber renovado sus votos trienales, fue admitido a la profesión perpetua, hecho que aconteció al concluir su primer año de teología en La Vega, casa de formación a la que había regresado para prepararse de manera adecuada al Sacerdocio. Y el 26 de agosto de 1934, ya canonizado don Bosco y mientras en la Congregación cundía un enorme en-

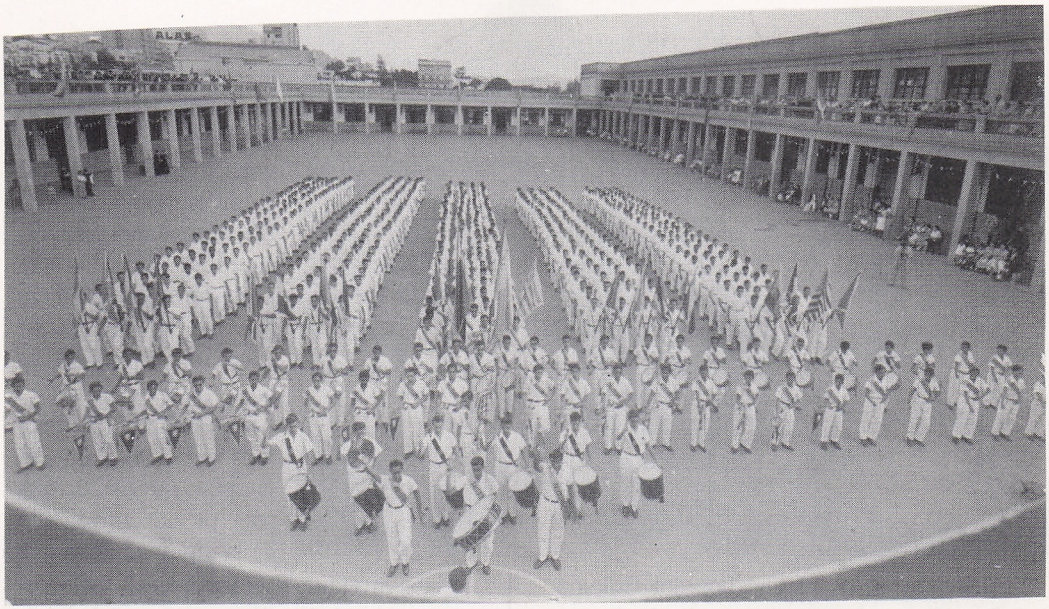
tusiasmo por ello, el diácono Antonio Siddi fue ordenado Sacerdote, en el Santuario de María Auxiliadora de Sarría por, el entonces Nuncio Apostólico en Venezuela, Monseñor Fernando Cento. Ese acontecimiento extraordinario quedará grabado en su vida para siempre, acontecimiento que él sintetizó en pocas palabras, pero de profundo contenido espiritual, que han venido a ser como el lema de su vida: "TODO CON CRISTO Y POR CRISTO". Y "con Cristo y por Cristo" desplegó generosamente las primicias de su sacerdocio en favor de las almas, en particular de las almas de los jóvenes que para un salesiano vienen a ser el motivo primordial de su propia entrega. Si hasta entonces los jóvenes habían sido para Antonio Siddi el centro de su aspiración, desde entonces vendrán a ser el motivo de su infatigable servicio.

De esta manera movido por el vigor natural de su propia juventud y alentado por una capacidad de donación sin reserva, comenzó a formar a un sin fin de muchachos, a su vez, deseosos de formación y sedientos de futuro, a la luz del carisma salesiano. En ningún momento y por ningún motivo se negó al trabajo; se le veía siempre dispuesto y disponible, siempre en primera línea, exigente consigo mismo y no menos exigente con los demás, severo y al mismo tiempo justo, alegre y contemporaneamente serio, comprensivo y no por eso débil. El ideal de su vida era formar a hombres verdaderos, aptos para el futuro, útiles tanto para la Iglesia como para la Patria, que fueran al mismo tiempo "Honrados ciudadanos y buenos cristianos" de acuerdo al deseo de don Bosco.

Es la obediencia la que fijará las diversas etapas de su vida, una obediencia noble no servil, generosa en el "SI", sacrificada hasta el extremo, que con el pasar de los años menguará esa contextura de "roble" que le era propia, sin que por ello dijera un solo "NO". El P. Antonio Siddi ha sido un hombre de retos, no siempre superados, en los que se ha fraguado y acrisolado, silenciosamente y con dolor. Tal vez al asignarle la obediencia no siempre se haya sabido ver, con suficiente discernimiento, hasta que punto se pueda forzar a un religioso en un trabajo determinado tanto más agotador cuanto más seguido, y serán el trabajo y la obediencia las realidades que algún día lo habrán de plegar.

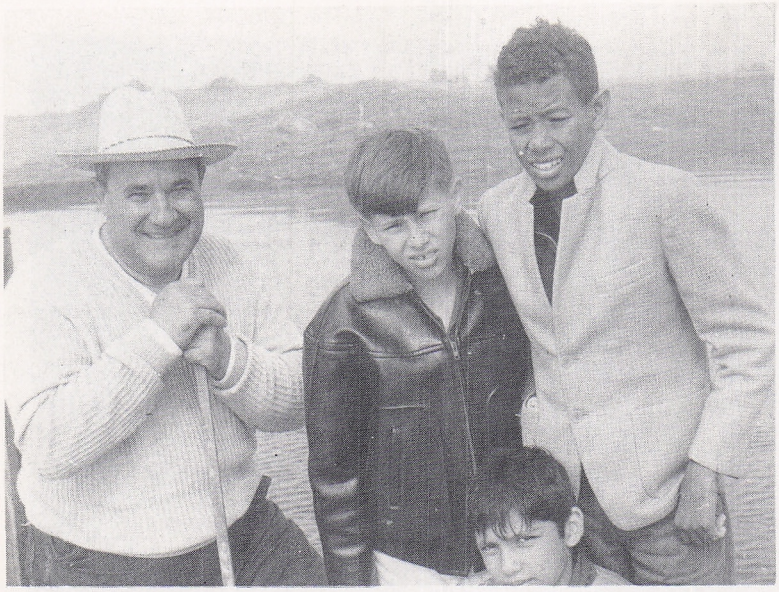
A un hombre así, bien se le puede aplicar el "Frangar non flectar" o mejor la expresiónpaolina "impendam et superimpendar pro vobis". Es a la luz de sus propias convicciones y de la obediencia como el P. Siddi trabajará, sin ahorrarse, en las diversas casas salesianas a las que fue enviado. De esta manera en 1934, recién ordenado sacerdote, lo encontramos como consejero escolar en el Colegio San Francisco de Sales de Sarría y dos años más tarde (1936), con el mismo cargo, en el Don Bosco de Valencia y de nuevo, por un año (1937), siempre como consejero escolar, en la casa de formación de La Vega. Es el San Francisco de Sales el Colegio que lo necesita de nuevo como consejero escolar o en calidad de administrador y catequista y ahí regresa en 1939 para seguir trabajando, en el mismo, hasta 1949. Durante este período frecuenta, además, el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas, graduándose de profesor en castellano, literatura, filosofía, con mención especial en psicología, sin abandonar en nada su trabajo con los muchachos.

El P. Pedro Tantardini, entonces Inspector, pensando tal vez en la utilidad de un cambio lo envía, como catequista, al Liceo San José de Los Teques (1950), del cual lo hará director al siguiente año, durando en el cargo, por dificultades surgidas dentro de



la misma realidad liceal, solamente un año: tal vez su largo calvario espiritual haya tenido un comienzo tan lejano en el tiempo. El P. Inspector intuyendo que el cansancio acumulado se extinguiría con otro cambio y con otras incumbencias, lo envía como confesor y profesor de literatura al filosofado de Altamira (1952), encargándolo al mismo tiempo de la dirección del *Boletín Salesiano* ; aquí permanecerá hasta 1953, pues una nueva obediencia lo destinará (1954), siempre como confesor y encargado del *Boletín Salesiano,* al Aspirantado Domingo Savio de Bolea. El Superior habrá pensado que seguramente el P. Siddi se había recuperado física y psicológicamente y así lo envía de nuevo, es el año 1955, en calidad de consejero escolar, al Colegio San Francisco de Sales de Sarría hasta el año 1962: el trabajo sigue siendo agotador, baste pensar en los grandes desfiles gimnásticos de moda, por aquel entonces, en toda la República, desfiles que el P. Siddi preparará y organizará con una técnica rayana en la perfección. Será el P. Isaías Ojeda, Inspector durante los años que van desde 1962 hasta 1966, quien en 1963 lo enviará, en calidad de confesor y profesor de literatura, de nuevo al Liceo San José de Los Teques hasta 1965. La exigencia de tener un buen confesor para los jóvenes novicios aconsejará el traslado del P. Siddi al Noviciado de San Antonio de Los Altos y allí permanecerá hasta 1969, cuando nuevamente la obediencia, después de unos meses pasados en el San Francisco de Sales como director, le pide retornar a Altamira como confesor del recién consagrado "Templo Nacional Don Bosco", encargándole, al mismo tiempo, la conducción del *Boletín Informativo Inspectorial,* que acababa de nacer, incumbencia, esta última, que desempeñará con esmero, acierto histórico y entrega generosa hasta el mes de abril de 1979, esto es hasta que sus fuerzas físico-psíquicas se lo permitirán.

Seguirá, después, siempre en calidad de confesor, muy estimado por cierto, en Altamira: pero no dispuesto a quedarse inactivo asumirá para sí la diaria y cansona



asistencia a los muchachos del Colegio Don Bosco, buscando con ello la formación de la voluntad y el mantenimiento del orden y se quedará firme, al "pie del cañón", como se suele decir, hasta 1985, pero para continuar en la misma actividad y con idéntico esmero también durante los dos años que siguen (1985-1987) que pasará, y es su tercero y último retorno, en la acogedora comunidad del Liceo San José, de Los Teques.

Será la enfermedad, que se agrava y que arrecia, la que le obligará a guardar cama durante el último año de su existencia, año que pasará entre sufrimientos indecibles, en parte en el Hospitalito "San José" de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía y en parte, de nuevo, en esta Comunidad de Altamira y desde aquí, el buen Dios, tras una larga y penosa agonía, confortado por los sacramentos de la fe cristiana, lo llamará, como ya se ha dicho, al encuentro definitivo con El, en la tarde del 17 de agosto próximo pasado.

Cuando un salesiano se va, cuando retorna a la casa del Padre deja detrás de sí una vida hecha recuerdos y sus recuerdos hechos vida, no para sí, pues no lo necesita, sino para los demás que debemos vivir, a imitación suya, nuestra vocación en la fidelidad y con entrega generosa. De esta manera su recuerdo se hace luz que nos acompaña y fuerza que nos alienta. Es así como se nos presenta, ahora, la persona del P. Antonio Siddi. En él vemos a un sacerdote ejemplar, íntegro, de una sola pieza, convencido de la dignidad de la que estaba investido, fiel y prudente, realmente servidor de las almas a través del ejercicio constante del ministerio de las confesiones y de la dirección espiritual, transparente y límpido en su conducta personal, consciente de que no debía ofuscar su condición de ministro del Señor; profundamente humilde, capaz de pedir perdón y de reconocer sus límites, en particular aquellos inherentes a su propia salud, pues, a veces, se extralimitaba en sus reacciones, sin quererlo y sin mala voluntad, advirtiendo, después, una profunda pena por ello, pena que lo mortificaba profundamente. En los años difíciles de su vida, ha sabido, el P. Antonio Siddi, vivir su sacerdocio en la Cruz y con serenidad, siempre dispuesto a la voluntad de Dios, quien ha sido realmente exigente con él.

El P. Siddi ha sido un sacerdote, pero, además, un salesiano educador, formado en el cumplimiento del deber costara lo que costara, entregado con pasión a los jóvenes a quienes servía con entrega, sin ahorrar ni esfuerzos ni fuerzas, naturalmente exigente con ellos porque sediento siempre de lo mejor, de lo más perfecto, de lo más adecuado. Creía en ellos y los iba preparan-

do para el futuro con ahinco, con entrega, con claridad de ideas; su natural dureza e intransigencia quedaban atenuadas por el amor intenso que sentía por ellos. Para los jóvenes se había hecho todo un maestro en el arte de la recitación, del canto, del deporte, puesto que los utilizaba como instrumento para encontrarse con ellos, para estar con ellos, para ser uno de ellos. Es así como lo recuerdan actualmente, muchos de ellos, ya adultos, con sentimientos de gratitud al percatarse de que su trabajo había tenido como motor la caridad cristiana y salesiana, que el motivo de su vida habían sido siempre ellos, los jóvenes. Realmente el patio, las clases, el comedor, el teatro, la Iglesia han sido los lugares, digamos así, preferenciales de su santidad salesiana. De esta manera el P. Antonio Siddi percibía las exigencias de don Bosco y, a su manera, trataba de amoldarse a ellas.

El P. Siddi ha sido un sacerdote y un salesiano educador que ha sabido aceptar, con entereza y con hidalguía cristiana los inevitables sufrimientos que la vida le iba proporcionando día tras día, sufrimientos físicos y sobre todo de orden espiritual, consecuencia, casi natural, de un trabajo desplegado sin medir las energías con las que se debe contar, cuando se hace algo de envergadura, de empeño y continuado. A consecuencia de ello sus fuerzas fueron mermando poco a poco y con el tiempo fue advirtiendo en si mismo sentimientos de impotencia y de inutilidad y estos han venido a ser la tortura de los últimos años de vida. Seguía siendo un "roble" físicamente, pero en la psique se sentía frenado y débil y era su recia voluntad la que, no obstante todo, continuaría manteniéndole en el campo del trabajo práctico, hasta el momento en que su físico realmente cedería. Iniciaba así un calvario que es bueno cubrir con sentimentos de piedad y de comprensión.

Realmente se convirtió en el hombre de los dolores, como el Siervo doliente de Jahveh.

De este modo preparado espiritualmente, purificado por el intenso y largo sufrimiento, estaba listo, como un buen soldado de Cristo, para emprender el camino que lo llevaría a la felicidad de Aquel que es nuestra felicidad y el fin de nuestra vida. A El habrá llegado con la alegría de quien realmente ha aprovechado en su vida los talentos depositados en él.

Las tres condecoraciones recibidas: una por el Gobierno italiano, que lo hizo "Cavalliere della Repubblica", y dos por el

Gobierno venezolano, medalla del "27 de Junio" en su primera clase y Orden Francisco de Miranda también en su primera clase, nos testimonian el valor de su trabajo humano pero no la grandeza de un espíritu que, de verdad, ha sabido aprovechar los dones de Dios. Lo caduco nada cuenta delante de lo que quedará para siempre.

Y a la luz de lo que quedará para siempre nos hemos reunido, en la tarde del día 18 en el Templo Nacional San Juan Bosco para celebrar la liturgia de la muerte cristiana "de cuerpo presente"; lo hemos hecho con sentido de fe, de fraternidad, de gratitud y de admiración. Nos hemos sentido hermanos en torno a los restos mortales de alguien que ya había entrado en la luz de Dios y que desde allí nos hablaba de resurrección y de vida.La nuestra ha sido realmente una liturgia sentida y profundamente salesiana, pues concelebramos unos cincuenta sacerdotes, entre ellos el P. José Zanotto encargado de la Inspectoría, presididos por tres Obispos Salesianos, los Monseñores Francisco José Iturriza, Miguel Delgado y José Vicente Henríquez y acompañados por un buen grupo de salesianos jóvenes, la generación de relevo, encaminada hacia el futuro, por ex-alumnos y por amigos de la familia salesiana. Con acertadas palabras, que han sustentado en cierta manera el contenido de esta carta mortuoria, Monseñor Miguel Delgado ha trazado, en el momento de la homilía, con breves pinceladas los rasgos fundamentales del P. Antonio Siddi, a quien definió "Salesiano ejemplar, que entregó su vida a los jóvenes y a la Congregación salesiana" y con este pensamiento bien se puede poner punto final a la presente, pidiéndole al Señor que nos envíe muchos "salesianos ejemplares" nacidos en esta tierra venezolana, dispuestos a servir con caridad y con amor a los jóvenes, en particular a los más necesitados.

Les pido una oración también por esta casa de Altamira, en la que la inspectoría venezolana, en la actualidad, atiende a varios hermanos nuestros ancianos y enfermos.

Pbro. Tarcisio Didoné
Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

P. Antonio Siddi Farci, nacido el 12 de marzo de 1910 en Gergei (Nuoro-Italia). Muerto en Altamira (Caracas-Venezuela) el 17 de agosto de 1988 a los 78 años de edad, 61 de profesión y 54 de sacerdocio.